

William Goyen
La misma sangre y otros cuentos

Preciada puerta

FRAGMENTO

–Hay alguien tirado en el campo –vino a decirnos mi hermanito.

Eran las ocho en punto de la mañana y hacía tanto calor que la hierba despedía humo y los saltamontes cantaban. Durante días, había corrido la voz de que llegaba un huracán. Desde ayer sentíamos sus indicios: una quietud en el aire seguida por la abrupta ondulación del viento; el cielo parecía más alto y se veía lavado.

–Debe ser un molinero borracho que duerme en el pasto o un vagabundo. Hasta puede ser tu tío Bud, quién sabe –me dijo mi padre–. Ve a ver qué es.

–Ven conmigo –le pedí–. Tengo miedo.

Encontramos a una pobre criatura golpeada que no respondía a los llamados de mi padre. Llevamos a la persona inconsciente a la galería trasera y la acostamos en el sillón.

–Me gustaría que no dejes que los chicos vean eso –dijo mi madre antes de replegarse en la oscuridad de la casa como en su caparazón.

–Quizás esté muriendo –dijo mi padre–. No podemos ponerlo de pie. Llama al médico, hijo. Después, trae un poco de agua caliente.

Mi padre intentó despertar al hombre con un fuerte “eh”. Luego, bajó la voz en una suave invocación y le dijo: “Eh, amigo. Hola, hola...”.

{ LA COMPAÑÍA }

El amigo maltratado no se movió. Respiraba de manera pesada, casi mezquina. El agua caliente lavó apenas la sangre, que formaba algo así como una pasta en los labios y las mejillas. Después, un poco de agua fría bastó para echar hacia atrás su pelo oscuro. Entonces, cuando su rostro y su aspecto se hicieron nítidos para nosotros, vimos lo que habría sido una hermosa joven si hubiese sido una chica, pero era un hombre. Algo brillaba en el rostro dañado y supimos que habíamos traído a casa, desde el pastizal del molino, a una persona especial. Cuando mi padre le quitó la camisa manchada, vio algo y les dijo a los chicos (yo tenía doce y era el mayor) que salieran al patio. No me alejé mucho. Me escondí bajo el jazmín amarillo, contra el mosquitero, y oí.

“Amigo, puede que no lo logres”, decía mi padre, “si el médico no se apura. Alguien te ha lastimado con un cuchillo”. En otro momento, oí que mi padre preguntaba: “¿Quién te hizo esto? ¿Quién te cortó así?”. Ningún sonido provenía del extraño. “¿Eh?”, insistió mi padre con ternura. “¿Quién te lastimó así? ¿Eh? No puede oírme y no puede hablar. Bueno, intenta descansar hasta que llegue el médico”, escuché decir a mi padre.

En ese momento, me sentí apenado por el desconocido que yacía en silencio, tan apenado que de pronto lloré bajo el jazmín amarillo.